

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS \*

Querido lector:

La carta pasada contuvo diversos datos en torno a la persona y el hacer en vida de José Ortega y Gasset, controvertido maestro de filosofía, proclamado por muchos pensador enjundioso, el más, en nuestra lengua. La carta tuvo por mira tributarle un homenaje con ocasión de cumplirse en el curso del presente año, el primer centenario de su nacimiento.

El homenaje reprodujo alabanzas de muchos seguidores, y en su caso conocedores, de Ortega y Gasset, pero contuvo también censuras, algunas muy acres, provenientes sobre todo de impugnadores de su pensamiento. Se trató, pues, de un campo en el cual dos bandos guerrearon con la finalidad de mostrar, unos la parte luminosa y otros la parte oscura: la aldea, y la corte de un autor que, a decir verdad, día con día vemos languidecer en lo que a la evasiva fama toca.

Pero no es el periodista filosófico como le ha llamado Henry Bergson, quien ha de ocupar nuestra atención en esta oportunidad. Lo dicho, mal o bien, dicho está. Repitamos con el Eclesiastés que los muertos entierren a sus muertos, a fin de despejar el ámbito de las cosas inmediatas, el cual necesitamos diáfano, con la transparencia de ser marco a otro personaje cuyo primer centenario, el de su natalicio, debimos recordar, oh flaca memoria, en el curso de 1981. Este personaje, querido lector, es tu amigo y nuestro, el poeta de Moguer, Juan Ramón Irujo.

Nos atrevemos a llamarlo tu amigo por la circunstancia de que los poetas, al contrario de los filósofos, son requeridos por la cordialidad y no por las diferencias, que son en todo momento, cañas que se hacen lanzas en los campos de la especulación filosófica

Y precisamente, invocando la cordialidad o manera de ver la ternura trascendida a inocencia, es lo que nos guía a Juan Ramón Jiménez armado caballero por los niños del mundo, que hallan en el libro *Platero y yo*, una versión del más alto evangelio inscrito por el amor más allá del racionalismo. Un burro, nada menos, es quien se mueve y da contenido a la lente de la atención general, en lo material y en lo espiritual. Un burro, un burrito como tú.

El caso es amigo lector que la comunidad del Canal 11 de televisión le encargó al talentoso cineasta Rafael Corkidi la realización de varios capítulos merced a los cuales se rindiese tributo de admiración y cariño a Juan Ramón Jiménez. Precisamente al poeta de Moguer, cuyo primer centenario natal ocurrió hace dos años. El cineasta que es fecundo en imaginaciones propuso, discutió y realizó la filmación de varios videotapes sobre ese precioso y tiernísimo librito que se llama *Platero y yo*.

La Comunidad del Canal 11 del Politécnico, pese a las carencias a que vive sometido, distraendo recursos aquí y allá, financió los capítulos requeridos para que la cámara deslumbrante de Corkidi informara una vez más a los escépticos que en México sí se puede hacer televisión de altura.

Corkidi escogió para el efecto, a título de locaciones operantes, los interiores del convento de Culhuacán, tesoro colonial sito en el Distrito Federal. Aquí las piedras, resto de una construcción recia ayer hoy por los suelos, hablan el idioma del tiempo detenido en una emotividad permanente. Todo es verlas como establecer las líneas paralelas que van de la evocación del pasado al desafío de la época presente. Entre ambos extremos se abre la grieta que sin duda induce la angustia de verificar cómo objetos inanimados, en este caso las piedras, también tienen edad. La verde o grisácea mano de la pátina, parece indicar que la muerte detenida que es una piedra, tan lejana de las ánimas y de todo purgatorio, también a su manera tiene vida; está en la mutación que sufre en virtud del paso del tiempo traducido en erosión, lluvias, viento, recalentamiento de los soles tórridos y otros agentes que ponen sus hitos para que lo inexpresivo aparente actúe el papel más persuasivo de la edad, que es acumulación del tiempo reposado, es decir la vejez sin descanso.

Frente a estas piedras que colindan con un humilde camposanto, en tanto que arriba el cielo a ratos es azul y los atardeceres serenos, Corkidi con un grupo de actores y un burro, recreó Platero y yo.

Si tú, lector, hubieras tenido ocasión de asistir a las filmaciones, habrías escuchado a Adriana y a José González Márquez decir, mediante la magnificación de la música, quién y cómo es Platero. Para fortuna de este momento, tenemos a la mano los versos que un vate anónimo compuso, teniendo por modelo el capítulo que Juan Ramón tituló con el nombre de “Platero”. Los versos dicen así:

Si me prestas tu atención,  
niño de manos traviesas,  
te diré quién es Platero:  
personaje de mi cuento.

Es un burrito peludo,  
en algodones tejido;  
pero sus ojos son duros  
como de piedra azabache.

Cuando se ríe ilumina  
todas las flores del campo;  
el campo se lo agradece  
llenándose de colores.

¿A que no saben ustedes  
qué es lo que come Platero?  
Gusta comer mandarinas,  
uvas e higos maduros.

El es tierno y cariñoso  
pero fuerte como roca;  
cuando me miran montarlo  
la gente dice: “Es de acero.”

Muchos datos se me escapan  
al retratar a Platero;  
pero que baste lo dicho,  
por el momento, amiguitos.

Amigo lector, ¿crees en milagros? No, claro que no. Estos son cosa del pasado cuando la gente a falta de información científica recurría, claro, a explicaciones apoyadas en la magia: campo cultivado por las religiones, has de decir tú. Pero, pese a tu momentáneo escepticismo, en seguida, mediante un acto que halla su explicación en una dimensión especial del conocimiento, vamos a reproducir para ti, para ti el escéptico, un pequeño texto escrito por Francisco Javier Sánchez Villeda, autor de apenas 12 años de edad, en 1981 cursante del tercer año de primaria en la Escuela Guillermo Prieto; El Llano, Municipio de Tula, Hidalgo.

Lee y conviene con nosotros que Juan Ramón, amigo niño de todos los niños, en Sánchez Villeda encuentra respuesta milagrosa, a su Platero. Leamos:

“Cuando cuidaba vacas yo era feliz. A mis vacas les daba tunas y a mi burro le daba maíz. Siempre andaba contento con mi perro el Capulín. Cuando mi burro se ponía a rebuznar yo me ponía a cantar. ¡Ahi ¡Qué gusto me daba el ver salir el sol! Yo empezaba a soltar los animales. Yo no iba a la escuela, siempre iba a cuidar. Mi abuelita decía: ‘Tienes que ir a la escuela’, y nunca le hice caso: no sabía lo que hacía”.

“Así pasaron días sin saber qué era la escuela. Así pasó el tiempo y me puse a pensar: si voy a la escuela no tenía que cuidar. Si iba a la escuela yo me mojaría y no cuidaría los animales. Mis amigos me decían: ‘Tú no saber leer.’ Y yo les dije- ‘Por eso voy a ir a la escuela, para aprender.’ Y les dije: ‘Si supiera, yo no

fuera”.

Ahora que voy a la escuela yo me siento muy feliz, y he olvidado a mis vacas, a mi, burro y a mi perro el Capulín.”

El milagro para nosotros se halla en’ la relación del pensamiento de Juan Ramón y el de Sánchez Villeda: la naturaleza. Los románticos alemanes, ¿lo recuerdas?, invocaban como suprema realización del hombre la unión del pensamiento y la naturaleza, círculo en el centro del cual se halla (debería hallarse) el hombre. Y he aquí que la mutación de la naturaleza del amor en Juan Ramón trasciende a su burrito, unido en rebuzno y alma con el que Javier halaga dándole maíz. El milagro se efectúa, querido lector, en el hecho de que la reflexión una nueva vez propone la naturaleza como contenido del pensamiento. ¿Piensas, que desbarramos? Si lo piensas así estás en lo justo, es probable que sin proponérselo postulemos una dualidad del espíritu en la cual Platero suplanta al yo.

¿Qué hubiera dicho Juan Ramón, enemigo de la letra g por sistema? ¿Qué hubiera opinado de estas especulaciones? Mientras tú, lector, tal vez ya menos escéptico, lo piensas, a continuación damos los versos de la cosecha del vate que asistió a Corkidi, as del Canal 11 en la filmación de Platero y yo. La música, cuando la escuches, va a recordarte aires antiguos, los mismos que Pedrel a mediados del siglo pasado ordenó en códices polvorientos.

Escúchame niño mío,  
escúchame por favor;  
queda tranquilo un instante  
mientras canto mi canción.

Cuando al caer de la tarde  
el bello Platero y yo,  
penetramos en el pueblo  
por el barrio de los pobres,  
vemos jugar a los niños  
a ser reyes poderosos,  
mientras las niñas simulan  
que capturan una estrella,  
Otros se fingen jinetes  
sobre caballos de luna,  
mientras las niñas ofrecen  
las rosas de sus mejillas.

Otra niña canta cantos  
tan antiguos y tan dulces  
que se diría de miel  
destilada en las colmenas.

Cantad, soñad, niños pobres  
tan preciosa primavera  
antes que llegue el invierno.  
¡Vamos! ... ¡Arre, Platero!

Lector, toma tu tiempo y trata de ver con ojos hechizados lo que Corkidi realizó con el tema que propone la canción. El lenguaje de su cámara, el canto fluyendo suave, a instantes monocorde antes de tejerse una pequeña ronda, llaman a considerar que el milagro sí puede contener categorías materialistas. ¿Y por qué no? Imagina tú los niños, el cielo azul, atardecido, las flores, el panteón cercano, las voces perdidas en el aire, todo en fin, todo cuanto es combustible para los sentidos y el espíritu. La hiperestesia realizada a conciencia es milagro. De esto no hay duda. A este propósito dice Juan Ramón: “Cuando, en el crepúsculo del pueblo,

Platero y yo entramos, ateridos, por la oscuridad morada de la calleja miserable que da al río seco, los niños pobres juegan a asustarse, fingiéndose mendigos. Uno se echa un saco a la cabeza, otro dice que no ve, otro se hace el cojo. . .” Y de esta simulación de la corte de los milagros, surge, ¿a que no sabes quién? Surge otro niño mexicano; éste se llama Rafael Murrieta Reyes, de 8 años, hace dos. Cursante del tercer grado en la Escuela Plan de Ayala. Mexiquillo, Alamos Sonora. Lee con nosotros; ay, y si pudieras ver la ilustración a todo color pintada por otro niño, más bien niña, llamada Arititza del Rosario Terrez, no terminarías de creer lo que se muestra a tus ojos.

“Yo tenía un burro (escribe Rafael Murrieta Reyes) y en él me paseaba todos los domingos”. Mi burro era blanco con manchas negras, parecía de algodón. Sus ojos eran negros como piedras de tungsteno. Sus pezuñas parecían botas de tacón.

“Le gustaba correr por la calle del rancho y retozar, y también reparaba. Yo le daba de comer zacate, pastura de caña de maíz y también alfalfa”.

“Mi burro se llama Pinto. Ahora tengo un caballo pues Pinto se murió, y yo lloré cuando esto pasó”.

Como has podido percatarse, lector, Juan Ramón mediante los oficios de Platero sostiene un diálogo con niños mexicanos provenientes de puntos marcados en el vastísimo territorio de nuestra república; son como dimes y diretes ensayados por dos cantores que contrapuntean su inspiración. Este exclama a y aquél exclama éste sonrío y aquél entrecierra las pupilas, todo queriendo decir que hay correspondencia, que nada se pierde, que todo se transforma. Maneras de la materia poética en movimiento, cuya entropía es dejar en el ánimo suspendido un fruto reluciente, elaborado con la sustancia con la cual se elaboran los sueños: el milagro. ¿Prosigues, por virtud de Dios, querido ateo, aún presa del escepticismo? A fin de que venzas tal actitud desangelado del ánimo, Juan Ramón nos pide que leas, o releas en su caso, este soneto, mediante el cual, él, propicene su doctrina a altos niveles, porque es el corazón quien habla y la tierra germinante la que escucha y obedece.

Estaba echado yo en la tierra, enfrente  
del infinito campo de Castilla,  
que el otoño envolvía en la amarilla  
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente  
abría el haza oscura, y la sencilla  
mano abierta dejaba la semilla  
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,  
pleno de, su sentir alto y profundo,  
al ancho surco del terruño tierno,  
a ver si con partirlo y con sembrarlo,  
la primavera le mostraba al mundo  
el árbol puro del amor eterno.

Dos niñas de once años (hace dos), provenientes de la Escuela Rafael Ramírez, de Jalapa, Veracruz, asumen la misión de responder a su manera a Juan Ramón. Guadalupe Rosaura Aguirre Hemández echa mano del dibujo; se trata de una pequeña muestra en azules, amarillos, verdes y rosas. Una casa con dos ventanas y dos torrecillas reciben la carga de la atención, pero no en su totalidad, porque varios corazones sobreflotan y a manera de nimbo rodean la casa como poniéndole sitio. Adriana Lima Palacios es la autora del texto que se titula “Mi romance soñado.” Y dice así:

“Siempre lo estoy esperando, pero nunca aparece. Sueño que lo tengo, pero no es verdad. Veo mil corazones llenos de felicidad y amor, de lo cual carezco, y pienso o me pregunto- ‘¿Por qué no tengo un amor si con él sueño?’ Pero sólo hago castillos en el aire. ¡Mentira, mentira que lo encontraré! Sólo lo sueño. Pero si lo encuentro, lo taparé con sábanas blancas, lo tomaré con gran cariño y descubriré en él un gran romance soñado. Sólo pensaré que no se escape para no decir sollozando con gran dolor. ‘¡Lo he perdidos’ Entonces soñar de nuevo volverlo a recuperar. Y mejor sería que me deje vivir sin pensar en él y si no, encerrarlo en cuatro paredes y no dejarlo salir para no decir, queriéndome matar: ‘¡Se fue!, perdí su rastro y lo buscaré hasta el fin del mundo.’ Y si no lo encuentro, diré: ‘¡Quiero volar! Que el viento tome mi alma para no sentir el dolor de la espina que se me clavó y la tengo que sacar de mi corazón para que ya no me duela.’ Y si no se puedo, seguiré soñando ese gran romance imposible como el de la princesa y el soldado. Sofiaré y soñaré con un gran romance.”

El comentario, asombrado lector, lo tiene Corkidi, en virtud de los movimientos de su cámara. Has de saber que el Canal 11, con tan pocos recursos, ha encargado a dicho cinematografista introducir en el medio televisivo nuevas formas de producción, con objeto de ver si por esta ruta las cosas cambian. Bien sabes que nada es más deplorable que hablar de la televisión. Bástete leer los diarios del día que sea para hallar, no una sino muchas notas, unas sesudas otras menos, que lamentan el estado que guarda este instrumento o medio de comunicación masiva. Más de uno estima que más le valdría al país prescindir mejor de la televisión que seguirla fomentado. A ella debemos el acentuamiento de la enajenación, la penetración de modelos extranjeros que dan al traste con el pájaro azul que muchos llaman identidad nacional. Los niños, los prodigiosos niños de Juan Ramón, también son masa, cosa, objeto, víctimas propiciatorias de la contaminación cultural originada durante las casi veinticuatro horas del día por la televisión.

Pero el Canal del Politécnico, sin más armas que poner por delante el sentido común, ha turnado sus afanes renovadores a personas que son en su campo, el arte, el pensamiento, la técnica, los más avanzados y los más honestos, de manera que espera de ellos y de su personal que sí vamos a llamar heroico, el gran paso, el gran cambio que sí vamos a llamar cualitativo, y, además, llevando en su estrategia la fuerza de la táctica expresada en los niños, que sí son, que sí deben ser, los factores principales del cambio. Esto ya no es milagro, aun cuando subyace en lo mágico porque el Canal 11 cuenta con pocos recursos, pero, sin embargo, con el menor de sus harapos (esperamos no resulte demasiada depauperada la metáfora) viste mejor que otros canales con todo el oropel prosopopéyico de sus galas ostentosas.

Por lo mismo llamamos tu atención, lector, que no sudas calenturas ajenas, sino las propias, a fin de que valores cuanto llevamos dicho. A ello, te convidamos, y si nuestro ahincado (perdonando el arcaísmo) ruego no bastara, probablemente sí sea suficiente la instancia de Alfredo Hernández Castillo, alumno de la Escuela Gabino Barreda en Tampico, Tamaulipas. Sigue el curso de su exposición y proclámale, de una vez por todas, partidario de nuestra causa. El trabajo de Alfredo se titula “La historieta del mexicano.”

“La historieta se inició en las cavernas: el hombre las pintaba. Bueno, aquí en México las historietas son el método más barato para embrutecerse. Supermán, Batman y Robin, Capitán América y Cía., son unas porquerías porque a los editores no les importa más que una cosa: vender. Y para vender tienen que darlo al público violencia, crimen, terror y muchas otras cosas más”.

“Los editores siguen diciendo: ‘Tenemos que educar divirtiendo.’ Cómo va a ser eso, si lo que están haciendo es perjudicar la mentalidad”.

“Unas de las historietas que entretienen son: ‘La familia Burrón’, ‘Chanoc’, ‘Memín Pingüín’ y ‘Kalimán’... Lo que dicen los editores: ‘Ay no, nosotros puras cosas cultas.’ ¿Cómo van a ser cultas unas porquerías que nada más sirven para embrutecerse? Lo digo y lo sostengo”.

“Y también puras historietas extranjeras. ¿Por qué mejor no nos ponemos a pensar y en lugar de eso agarramos un libro? A leer, sí, pero cosas que dejen algo bueno, ¿por qué no? ¿Por qué siempre es México el que está hundido? Otros países se levantan, pero México da un paso para adelante y dos para atrás. Sí, eso es todo. En todo estamos por los suelos: en deportes, en música. Aquí aceptamos a todos los extranjeros, mientras ellos, como vulgarmente se dice, ‘ni nos fuman’, sí, porque ellos son unos zorrillos, y aquí vienen a echar su perfume que nada más es una peste horrible. Y para terminar voy a decir: ‘¡Vamos, mexicanos,

hay que sacar a México de este pozo, nunca es tarde para empezar!”

La indignación. Sí, la indignación de un niño. Es ira situada fuera del milagro pero también fuera del escepticismo, colocada justamente en el disparadero de una invitación a la acción. En efecto, cuán subversivos son los niños, cuánto anhelan y propician el cambio. ¿Y tú, lector, probablemente padre de más de cuatro niños, qué opinas? ¿Prosigues pensando en la feliz idea de llevar en la próxima temporada a esas unidades de energía que se llaman tus hijos a Disneylandia? Perdona si hubo exceso de confianza en el aserto.

En estos casos, como suele decirse en la afición de nuestro pueblo tan cercano a Sancho Panza, mejor doblamos la hoja y al hacerlo topamos con Corkidi, misionero del Canal 11, quien afoca con su cámara a José González Márquez, actor quien dice mediante una canción cortada a la manera de una cantiga, género consagrado por don Alfonso El Sabio, esto que puede ser un autorretrato:

Yo me llamo Juan Ramón  
y me apellido Jiménez;  
nacé en la España del Cid  
en los campos moguerenses.

Con árboles y con ríos,  
con montañas y con valles,  
hablaba mientras soñaba  
para aprender poesía.

Muchos dicen que se trae  
y no se aprende tal cosa,  
mas yo pienso que el poeta  
es palabra, y es la tierra.

Por eso debe escuchar  
a la gran Naturaleza,  
que es lo pequeño y lo grande  
en el gusano y la estrella.

Muchos libros escribí  
donde las flores encienden  
en las noches más cerradas  
el cielo de las ideas.

Pero el libro que más quiero  
porque me sale del alma,  
es el libro que escribimos  
Platero y yo, y los niños.

Como sabes, Juan Ramón murió en 1958; la guerra fría ya había perpetrado muchos de los crímenes contra la democracia que todos sabemos. Le había sido concedido el premio Nobel; Zenovia, su admirable mujer, había fallecido poco tiempo antes, y el mundo, claro, seguía contaminándose con la televisión, la misma que la Comunidad del Canal 11, si le alcanzan las fuerzas todavía, va a rescatar, en particular si cuenta con la ayuda de María Cristina Hernández Alvarez, de 12 años, inscrita en la Escuela José María Morelos, en Matamoros, Tamaulipas. Con las palabras de ella, tituladas “La televisión”, amigo nuestro, ponemos fin a la presente, bien caracterizada por ti como miscelánea, quizás contradictoria, producto tuniultuario de un pensamiento inestable.

“La televisión constituye un medio de comunicación muy importante en nuestros días. Todos los áogares, por humildes que sean, tienen su televisión. Al menos así es en la ciudad que vivo”.

“Por medio de la televisión me he dado cuenta que en muchos lugares de México viven familias sumamente pobres que no tienen las mismas comodidades que gozamos nosotros”.

“Si hay niños que no conocen la televisión, pues me alegro, porque con ella, quienes la miramos nos convertimos en espectadores constantes, de tal manera que ni disfrutamos de las cosas bonitas que tiene la naturaleza. No jugamos los juegos de niños, ni los mayores nos cuentan cuentos. Preferimos ver una telenovela que ir al parque, aunque la televisión presente programas y anuncios que los niños no deberíamos ver”.

“Por eso no sé si sería mejor que no hubiera tantas televisiones, y qué bueno que hay niños que aún no la conocen. Es mejor ser niños, al menos mientras estudiamos la primaria, que ser adultos desde el jardín de niños.”

Ahí queda clavada esta pica, querido lector. ¿Quién se hará cargo de atender o subsanar lo que María Cristina demanda? ¿Tú, yo, aquél, nosotros, en fin todos? ¿O resultará mejor dejar las cosas como están a fin de justificar el lugar común aquel que dicen dijo Luis XV teniendo a la vista el desastre de la Francia borbónica: “Después de mí el diluvio”?

Para este diluvio, lo seguro, es que no habrá arca alguna que nos salve del hundimiento, porque nosotros con mucha anticipación mediante el ecocidio en que estamos empeñados, ya habremos acabado con bosques, animales y tal vez hasta con la vida humana-, de forma, pues, que lo único que habrá de prevalecer como un lehyá indestructible y terrible, será la televisión. ¿No lo crees?

PDT.: Querido lector, ojalá pudieses leer el libro titulado Así escriben los niños de México, impreso por encargo de la Subcomisión Editorial de la Comisión del Idioma Español, bajo la supervisión de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos. México, D. F., 15 de octubre de 1982. Vale.

\* Departamento Editorial, ANUIES.